



Tendencias recientes y crecientes en la estructura social latinoamericana

Recent and growing trends in Latin American social structure

Eduardo Chávez Molina*

Instituto Gino Germani, Universidad de Buenos

Aires, Argentina.

echavezmolina@gmail.com

Recepción: 20 de febrero de 2022

Aprobación: 20 de marzo de 2022

Publicación: 1 de abril de 2022

Cita sugerida: Chávez Molina, E. (2022). Tendencias recientes y crecientes en la estructura social latinoamericana *Revista de Estudios Regionales y Mercado de Trabajo*, 15, e015. Recuperado de: <https://www.rer.fahce.unlp.edu.ar/article/view/rermt15e015>

Las condiciones estructurales nos muestran la firmeza y la regularidad de ciertos elementos de la economía y la vida socio-política latinoamericana que le da una identidad determinada y en razón a ello, los impactos económicos, las situaciones climáticas y ambientales, las transformaciones de origen endógeno o exógeno impactan de acuerdo a esa matriz particular de la región.

Es por ello que la forma particular de la desigualdad social en la cual se organiza una mirada sobre la estructura social latinoamericana, tiene los límites propios de sus condiciones económicas, del nivel de divergencias productivas, del nivel de presión de las clases ocupacionales organizadas en torno a la actividad y su nivel de organicidad; y la institucionalización de los conflictos vinculado a la fortaleza estatal para procesarlos.



EDICIONES
DE LA FAHCE



Esta obra está bajo licencia Creative Commons 4.0 Internacional

En estos tiempos de pandemia y distancias obligadas o precautorias, nos permiten en algunos casos, observar las condiciones diversas que genera los efectos del COVID-19 en la estructura social, ya que sus implicancias son distintas de acuerdo a la posición de clase de diversas poblaciones en la región, y de acuerdo al territorio de nuestra heterogénea Latinoamérica.

Bajo esa matriz que parece perdurable, se explican las singularidades de Latinoamérica y el Caribe, donde la mayor peligrosidad de la pandemia recae en aquellos segmentos sociales que muestran mayores debilidades ocupacionales en términos de protección laboral y peores condiciones de vida. Aunque la muerte por el COVID afecta principalmente a la población adulta mayor, los niveles de contagio son ascendentes en las poblaciones más jóvenes, y ello incide principalmente en personas, hombres y mujeres del continente, que deben trabajar en condiciones precarias, poco seguras, pauperizadas, en muchos casos dependientes del movimiento de personas, y que además viven en viviendas más pequeñas, en muchos casos hacinadas y hacinados, y en hábitat más insalubres y peligrosos.

Las dificultades se expresan en los datos recientes¹, en la región ha aumentado sus indicadores de pobreza y desocupación y en el mismo período, aumentado sus valores de desigualdad social², expresada en medidas resúmenes de ingresos, además de las proyecciones negativas de sus PBI, registrando caídas históricas en casi todos los países de la región.

Pero también es evidente que la desigualdad social latinoamericana presenta diferencias cualitativas, no sólo numéricas, donde la distribución de ingresos está supeditada a las condiciones de la heterogeneidad estructural, y la capacidad de presión de las y los actores involucrados en cada clase ocupacional.

En ellos un movimiento continuo de procesos de cambios en las protecciones laborales, modificaciones tecnológicas, logísticas, organizacionales, transformaciones de las contrataciones que impactan sobre la precarización y pauperización laboral, pero en ellos, la contracara: la organización sindical y su potencial capacidad de poner límites al amparo de la institucionalidad estatal.

Dicha situación puede apreciarse con creces cuando vemos la distribución de ingresos por clases ocupacionales en los países de latinoamérica, algunos países de la región presentan mejor distribución en relación a otros, y generalmente donde la heterogeneidad estructural es menos pronunciada en términos relativos que otros países,

1 CEPAL (2010), La Hora de la Igualdad, Heterogeneidad estructural y brechas de productividad: de la fragmentación a la convergencia, capítulo 3, Santiago de Chile.

2 Lustig, N., Neidhöfer, G. y Tommasi, M. (2020). Impactos distributivos de corto y largo plazo de COVID-19 en América Latina (No. 2013). Universidad de Tulane, Departamento de Economía.

por ejemplo la mejor distribución de los países del Río de la Plata, en relación a los países andinos o centroamericanos.

El proceso de incompletitud del los ingresos, observado principalmente en el sector informal, conlleva a la producción de bienes y servicios en muchos casos, sin certificaciones, de baja calidad, y tareas limitadas en la complejidad, que se articula con el sector formal, en franco proceso de pauperización en determinados momentos coyunturales, y que además mantiene una relación orgánica de vinculación de con bienes y servicios con el sector informal.

Ese proceso de “amalgamiento”, permite por un lado la perduración de las actividades informales, como su vez admiten ser acciones económicas de refugio con entradas y salidas relativamente fáciles ante las crisis, pero también ante los cambios tecnológicos que impactan principalmente sobre saberes no estructurados en los ámbitos laborales.

Y esta situación paradójica, se da en los ámbitos urbanos en el hiato entre actividades calificadas y no calificadas, articuladas en establecimientos de alta o baja productividad y ámbitos rurales, por la mecanización y complejidad de los cultivos, principalmente de exportación.

La aparición de empleos recubiertos bajo la figura de autonomía laboral, o colaborativos, dados ante de la pandemia, producto de la “uberización” de prácticas laborales es una continuidad sobre aquellas actividades desprotegidas e informales, pero que ahora se enmarcan en un proceso de mayor organización y de cobertura empresarial, aunque la misma despoje cualquier acto contractual con las y los trabajadores. Es aquí una particularidad distinta a otras regiones del planeta, las actividades ligadas a los llamados empleos de plataforma, su pasaje a este tipo de actividades tiende a “formalizar precariamente”, ya que eran actividades que se realizaban bajo el formato más crudo de la informalidad, y muchas de ellas, en prácticas “cara a cara”, que ahora se desenvuelven colectivamente.³

Sin lugar a dudas, lo que agrava es lo que ya existía frágilmente. En América Latina es relevante la proporción de trabajadores asalariados manuales, los de servicios de rutinas y especialmente las y los empleados de comercio. También es característica de nuestra región la expansión del trabajo por cuenta propia. Este rasgo también ha sido vinculado a la heterogeneidad estructural, ya que representa en muchos casos una actividad de refugio para los trabajadores que no encuentran cabida en el sector formal.

3 Chávez Molina, E. (2021) La desigualdad continua y los efectos de la COVID-19 en la estructura social. La perspectiva de la heterogeneidad estructural en Latinoamérica, en *Incertidumbres en Tiempos de Pandemia.*, Comp. Juan Minguijón Pablo y David Pac Salas, Editorial Delta, Zaragoza, España.

Eso conforma un mapa excepcional de la estructura socio-laboral donde además tiene un rol no menor en ciertas regiones las actividades rurales, no sólo las dedicadas a la producción de bienes exportables, y los ligados al mercado interno, sino que también a economías de subsistencia.

Asimismo, se completa un cuadro heterogéneo de acuerdo al tipo de inserción ocupacional de trabajadoras y trabajadores, tomando en cuenta dos factores: el nivel de productividad de la unidad económica, y la capacidad de presión cuando las pujas distributivas se institucionalizan, principalmente por la capacidad organizativa sindical. A pesar que los datos que presentamos muestran un esquema general de clases en América Latina, y con mayor o menor plausibilidad pueden emularse en aquellos países cuyos datos no son comparables con los presentados, podemos apreciar algunas características propias de la región: las y los trabajadores de establecimientos de más de 10 ocupados, presentan mejores salarios, y mayor protección laboral, por la existencia de contratos laborales, que aquellos trabajadores de menos de 10 ocupados, tanto en el sector industrial, como de servicios. En el primer grupo es donde se encuentra la mayor cantidad de trabajadores calificados, profesionales, y así también, una mayor sindicalización, en relación a aquellas y aquellos trabajadores en establecimientos de menor productividad.

Y en la actual coyuntura, producto de las medidas paliativas para morigerar el efecto dañino del COVID-19, la/os ocupados en establecimientos de baja productividad y ya sea en su forma de patrones, cuentapropistas o asalariados, presentan mayores dificultades de seguridad en sus ingresos en este periodo de pandemia.

Por lo cual se da un proceso continuo de ocupaciones con bajo niveles productividad, dificultad de acceso a proceso de modernización económica y tecnológica y que se ven más afectados a diferentes procesos, como las puja distributiva y factores exógenos como la pandemia, el cambio climático y los trastornos ambientales derivado de ellas; epicentro de situaciones de marginalidad y pobreza, que caracterizan nuestra región.

* Eduardo Chávez Molina es Doctor en Ciencias Sociales, Investigador del Instituto Gino Germani (IIGG), Universidad de Buenos Aires, Coordinador del Grupo de Investigación Desigualdad y Movilidad Social en el IIGG, y director del Departamento de Sociología, en la Universidad Nacional de Mar del Plata.